

José Antonio Marina

El talento de los adolescentes

Biblioteca
up

Lo que padres
y docentes
deben saber



Edición
actualizada

Ariel

José Antonio Marina

El talento de los adolescentes

 **Biblioteca**
up Lo que padres
y docentes
deben saber

Ariel

Primera edición: noviembre de 2014
Segunda edición actualizada: noviembre de 2017

© 2014 y 2017: Empresas Filosóficas, S. L.

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2014 y 2017: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2711-2
Depósito legal: B. 23.478 - 2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	13
Capítulo primero	
<i>Mitos y verdades de la adolescencia</i>	17
Capítulo dos	
<i>Las arquitecturas del deseo adolescente</i>	37
Capítulo tres	
<i>El cerebro adolescente</i>	65
Capítulo cuatro	
<i>El talento adolescente.</i>	93
Capítulo cinco	
<i>Decidir pensar mejor.</i>	117
Capítulo seis	
<i>Decidir sentir mejor</i>	145
Capítulo siete	
<i>Decidir ser libre.</i>	173
Capítulo ocho	
<i>La elección de la personalidad</i>	201

Estoy en construcción. Perdonen las molestias.

Impreso en una camiseta

Estamos muy acostumbrados a ver la adolescencia como un problema, pero cuanto más sabemos de ella, más nos parece una fase funcional y adaptativa. Es exactamente lo que hace falta en ese momento de la vida.

B. J. CASEY, neurocientífica
del Weill Cornell Medical College

1. El estado de la cuestión

HACE UNOS MESES, la *National Geographic* dedicó un número especial al cerebro adolescente, que incluía un artículo de David Dobbs titulado: «Hermosos cerebros». Hubiera sido un buen título para este libro. Después de siglos de considerar que la cabeza del adolescente no funciona bien, empezamos a darnos cuenta de que la adolescencia es una época brillante. Unicef ha advertido de que los progresos en la infancia pueden ser anulados por una adolescencia fracasada, ha mostrado que es en la adolescencia donde se determina el tránsito entre generaciones, y que hay que invertir más en ella para cuidar el futuro. Lo que se escribe sobre los

adolescentes es parcial y exagerado. Tienen mala prensa. Abundan libros apocalípticos del estilo de *¡Socorro! ¡Tengo un hijo adolescente!*, *Mi adolescente me vuelve loco*, *Adolescentes que nos dan miedo*, *La vie en désordre*, *Manual para padres desesperados... con hijos adolescentes* o *No mate a su hijo adolescente*. Uno de los libros más completos en español sobre adolescencia lleva como subtítulo *Riesgos, problemas y trastornos*. Moffitt escribía hace unos años: «Las tasas actuales de conductas ilegales son tan altas durante la adolescencia que la participación en hechos delictivos parece constituir una parte normal de la vida adolescente». En una encuesta española sobre la opinión que tienen de los adolescentes madres, padres, educadores y personas mayores, la adolescencia se relaciona con promiscuidad, nocturnidad, malas relaciones familiares, drogodependencia, conductas antisociales. ¡Qué reputación! Para colmo de males, casi siempre que los adolescentes aparecen en los medios de comunicación es en relación con alguna situación problemática.

Hay razones para pensar que este paradigma debe cambiarse porque no se adecua a la realidad y porque no favorece el pleno desarrollo de la juventud. En la última *Encuesta de Juventud*, realizada por el INJUVE, los jóvenes de quince a veintinueve años se encuentran mayoritariamente satisfechos con su vida. El nivel de satisfacción (una media de 7,6 en una escala del uno al diez) se sitúa por encima de la media de la Unión europea (7,3). ¿De dónde procede entonces esa idea tan negativa de la adolescencia? Michel Fize, un conocido experto en estos temas con el que después hablaremos, señala que «nuestro conocimiento actual de los adolescentes proviene casi exclusivamente del estudio de sujetos problemáticos o enfermos. Los adolescentes felices, como los pueblos felices, no tienen historia». Las encuestas nos dicen que la mayoría de los adolescentes atraviesan esa época sin grandes pro-

blemas, pero, como señala Fize, muchos «han interiorizado la idea de la supuesta crisis de la adolescencia. Repetir tanto que la adolescencia es un problema induce en los jóvenes una actitud que viene a corroborar la imagen que se les envía». Y en los padres, una actitud de alarma. Es muy posible que ese sentimiento de angustia es lo que les haya movido a leer este libro, con lo que pueden sentirse irritados/as por la reivindicación de la adolescencia que voy a hacer. Les aseguro que la mejor manera de enfrentarse con los problemas que plantean los adolescentes es conociéndoles bien y aprovechando su energía —no la nuestra— para resolverlos.

2. La profecía que se cumple por el hecho de enunciarse

JEAN GENET FUE UN GRAN ESCRITOR francés, un personaje desdichado, y un indeseable ciudadano, que pasó parte de su vida en prisión. Criado en un hospicio, fue recogido a los ocho años por una familia. Un día, le sorprendieron abriendo un cajón donde guardaban el dinero. «Eres un ladrón», sentenció su cuidador. Genet contaba que esa acusación decidió su destino. No era un ladrón infantil, pero acabó siéndolo. Este es el fenómeno conocido como *self-fulfilling prophecy*. Algo así puede estar sucediendo con la adolescencia. Didier Pleux ha acusado a influyentes psicólogos como Françoise Dolto de haber convertido la adolescencia en una «crisis programada». «La creencia profunda en la fragilidad del adolescente conduce irremediamente a los padres, si se adhieren a las tesis doltonianas, a educar con enormes cautelas [...] Cuando en la consulta pregunto a un adolescente lo que hace en casa para ayudar en las tareas domésticas, oigo un vago: “Soy sólo un ado-

lescente”. En realidad, es un “adolescente rey” que disfruta de la permisividad educativa de los padres, de los adultos; un niño que, ciertamente, ha crecido, pero que conserva las mismas convicciones que cuando era más pequeño: hacer todo lo necesario para que la vida sea agradable y con las menores restricciones posibles, los menos frenos posibles a su principio del placer». Hay otros psicólogos que piensan que estamos aumentando la vulnerabilidad de los adolescentes, su intolerancia a la frustración, hasta llevarlos a la frontera de la patología. Los padres tienen miedo, y el miedo ha invadido las consultas de los psiquiatras infantiles.

Todo esto forma parte del viejo paradigma. Son muchos expertos los que afirman que nos estamos equivocando al tratar la adolescencia. Robert Epstein afirma que la hemos infantilizado. William Damon, que tenemos pocas expectativas sobre ella. Bernard Stiegler, que los hemos entregado a la fiebre consumista. Michel Fize, que les sometemos a un modo de vida que explica la frecuencia de dolencias psiquiátricas en la infancia y la adolescencia. La American Psychological Association, que estamos lanzando a nuestras niñas a una sexualización precoz. Y desde el punto de vista jurídico, la profesora María de la Válgoma acaba de estudiar el caos legal que padece esta etapa vital.

Lo cierto es que en los países desarrollados hemos ampliado la duración de la adolescencia, justificándola por motivos educativos. No queremos que nuestros niños entren en el mundo del trabajo precozmente, porque eso limita sus posibilidades. La historia del trabajo infantil es la historia de una infamia. Admitido esto, resulta difícil saber quién está educando a nuestros adolescentes. Hace unos años, Judith Rich Harris levantó una gran polvareda al publicar un libro titulado *El mito de la educación*, que fue lanzado en España con el subtítulo: «Por qué los padres pueden influir muy poco en sus hijos». Judith defendía que las dos

grandes influencias eran los genes y la cultura en que los niños vivían y que recibían al mismo tiempo que sus padres. La tesis era exagerada, pero es verdad que en ciertas cosas los adolescentes se parecen más a los otros adolescentes que a sus progenitores. Es muy frecuente que ante conductas de sus hijos que les parecen inadecuadas, los padres se pregunten: «¿pero dónde habrá aprendido eso?». O, «¿qué hemos hecho mal?». En esas circunstancias, suelo recordarles que ellos no son los únicos agentes educativos, y que el ambiente que presiona sobre sus hijos es muy poderoso, y en la adolescencia, más. Por eso, en los programas de la Universidad de Padres, decimos que las familias pueden educar a sus hijos por dos vías: directamente (los comportamientos con sus hijos) e indirectamente (influyendo en el ambiente que está influyendo en sus hijos).

3. La lejanía de los adultos

UNO DE LOS FENÓMENOS producidos en el último medio siglo es que los adolescentes tratan menos con adultos, lo que plantea problemas educativos. Robert Epstein dice: «Si tú quisieras ser fontanero, te irías con un fontanero para aprender de él, no con otras personas que también quieren ser fontaneros en el futuro...». La Fundación Creafutur ha estudiado la evolución de esta relación en un interesante estudio que pueden ver en la web de este libro.

Años cuarenta y cincuenta: acaba la guerra, vuelve a haber trabajo, se genera un excedente de riqueza. Los adolescentes son enviados a la escuela, y es allí donde nace el concepto de *teen* tal como lo entendemos en la actualidad. Por primera vez disponen de tiempo libre para formarse, equivocarse y crecer. Por primera vez en la historia, el tiempo que pasan con los adultos se reduce

de manera sustancial, pasando a ser un cincuenta por ciento. Son urbanitas y descubren el consumo de ocio.

Años setenta y ochenta: los jóvenes deciden no estar con sus adultos, básicamente por estar en contra del sistema. El agente de socialización de los *teens* amplía escenario, y de la escuela pasa a la calle, la «tribu», el bar o el club. Hay pocos trabajos para ellos, sienten que no tienen futuro y en las grandes ciudades comienzan a ser marginados y a posicionarse en contra del sistema. El consumo de educación y formación está bajo mínimos y se dedica mucho más tiempo al ocio que nunca. Conviven el setenta por ciento de su tiempo con gente de su edad y el treinta por ciento con adultos.

En los años noventa y dos mil: la familia y la sociedad se vuelven mucho más tolerantes y receptivas hacia el *teen* y ellos se sienten a gusto con el sistema. Pasan el tiempo de ocio en casa y en el centro comercial, y comienzan a tomar decisiones de consumo, sobre todo en lo que respecta a su propia alimentación. Comienzan a hacer uso de la tecnología y de los ordenadores. Ocupan un quince por ciento de su tiempo con adultos.

Década del 2000 a 2010: La familia empática se consolida y el *teen* se encuentra muy bien en casa. Entiende la necesidad de educarse para tener un buen futuro y aumenta en gran medida su consumo de ocio. Por primera vez en la historia, este ocio no tiene nada que ver con el ocio de ningún otro grupo de población. La tecnología toma protagonismo y los *teens* pasan cada vez más tiempo en solitario con las máquinas que con la familia o los amigos. El tiempo compartido con adultos pasa a ser de un diez por ciento.

Previsión del 2010 a 2020: pasan más tiempo en casa porque no necesitan salir para relacionarse. Internet ofrece espacios, centros comerciales virtuales y redes sociales a las que pertenecer.

Dependen absolutamente de la familia y muy pocos compaginan estudios con trabajo. Pasan menos tiempo con los adultos y la relación es muy virtualizada. Su ocio es tecnológico, y si bien en una primera fase es gratuito, tiende a serlo cada vez menos. El *teen* del 2020 vivirá en una megalópolis y puede estar en cualquier lugar. La tecnología, además de proporcionarle dispositivos para divertirse y comunicarse, le ofrece la posibilidad de desarrollar pequeñas ideas de negocio y trabajar en nuevos empleos sin pautas ni horarios. Su consumo de ocio se reduce y se vuelve básicamente funcional. Se produce un distanciamiento y un utilitarismo de la relación familiar porque el *teen* está demasiado solicitado por las alternativas sociales digitales. La cantidad de su tiempo en compañía de adultos será de un cinco por ciento.

4. El desconcierto de los adultos

UNA DE LAS CONCLUSIONES de este libro es que los adultos hemos inventado una edad exclusivamente educativa y ahora no sabemos qué hacer con ella. En un estudio publicado hace pocos años por el Ayuntamiento de Barcelona, titulado *Las políticas afirmativas de juventud. Una propuesta para la nueva condición juvenil*, se resume muy bien el modelo de esta invención sociológica, que se extiende desde los quince años hasta los treinta. Su propósito es el siguiente:

Será preciso seguir pensando en medidas para la igualdad (es decir, de discriminación positiva y de incentivo), pero no forzosamente como un paso previo para que los jóvenes dejen de ser jóvenes (y entren en el circuito trabajo-vivienda-familia que caracteriza el mundo adulto), sino para que puedan dis-

frutar, todos y todas, de mejores condiciones y del deseo de multiplicar experiencias vitales, de enriquecer sus itinerarios biográficos.

«Disfrutar del deseo de multiplicar experiencias vitales hasta los treinta años», apoyarlos para que no dejen de ser jóvenes, es decir, para que no entren en el círculo infernal de la adultez (trabajo-vivienda-familia) es una propuesta política que no ha dado buenos frutos. Era un caramelo envenenado, una actitud paternalista que tutelaba la irresponsabilidad y, por lo tanto, exigía un tipo de sumisión. No hace mucho, Boris Cyrulnik, el psicólogo estrella en Francia, advertía del peligro de estar favoreciendo la aparición de unos «bebés gigantes», a los que protegemos como niños pero que tienen las posibilidades de adultos. Entre todos hemos fomentado la vulnerabilidad, es decir, la ausencia de recursos.

5. Adiós al viejo paradigma

PERO ESTE NO ES UN LIBRO de crítica social. Lo que me importa es reivindicar la adolescencia como una etapa decisiva, creadora y poderosa, y ayudar a su florecimiento. Está cambiando la idea que teníamos de ella. Como veremos es una etapa vital decisiva, porque en ella se abren gigantescas posibilidades de aprendizaje. Es el momento de adquirir fortalezas nuevas, de suplir carencias, de hacer proyectos. El Nuevo Paradigma de la Adolescencia es menos sombrío que el anterior, porque en ella emerge una característica esencial de nuestro modo de vivir. El mundo humano es una mezcla de realidad y posibilidad. Eso somos todos nosotros: lo que somos y lo que podemos ser. Y este es el mensaje que debemos dar a los adolescentes.

Paralelamente al cambio de paradigma está cambiando la idea de educación. Desde diversas tendencias que pueden ver en la web de este libro se está dibujando un movimiento de «desarrollo positivo de los adolescentes». Defiende con razón que resolver los problemas es sólo una parte de la tarea educativa y que su principal cometido es aumentar las capacidades, las fortalezas, en una palabra: EL TALENTO.

Para bien de nuestros niños y de nuestra sociedad, es urgente aplicar el Nuevo Paradigma. Nos dirigimos hacia un mundo lleno de oportunidades pero inclemente, y debemos saber cómo educar a nuestros jóvenes. Tenemos que conseguir que nuestros adolescentes desarrollen el talento necesario para introducirse en lo que ya se denomina un entorno VUCA. Un mundo definido por la *Volatility, Uncertainty, Complexity, Ambiguity*, y que los adultos tampoco conocemos. Como veremos, acomodarse a un entorno tan cambiante va a exigirles una enorme flexibilidad y rapidez de adaptación, y tener que aprender continuamente. Comienza por ello a hablarse de «personalidades ameboides», sin estructura fija. Esto, sin duda, favorece la adaptación, pero hace al medio todopoderoso, porque el individuo no construye recursos personales para oponerse a él. Parece, por ello, necesario que en el Nuevo Paradigma de la Adolescencia introduzcamos las virtudes de una personalidad capaz de resistir las presiones del entorno, pero también capaz de adaptarse a él, de resolver los problemas que plantea. Adelantándonos a las conclusiones de este libro, quiero recordar que esa mezcla de estructura firme, pero capaz de novedades, es lo que denominados *personalidad creadora*. En ella se unifican permanencia y novedad. Hacia ese objetivo se dirige el Nuevo Paradigma. Pondré un ejemplo. Se repite ya como un dogma incontrovertible que se ha terminado el tiempo del trabajo estable. Esto exige un nuevo tipo de concepción del trabajo,

de la vida, de la estabilidad. ¿Cómo prepararles para ese escenario movedido?

II

HABLANDO CON EXPERTOS

MI PRIMER INVITADO es Robert Epstein, experto en temas de creatividad y adolescencia. Fue fundador y director del Cambridge Center for Behavioral Studies en Massachusetts, director de *Psychology Today*, y autor de un libro sobre adolescencia —*Teen 2.0*— del que Albert Ellis, uno de los psicólogos más innovadores del siglo xx, ha dicho: «es uno de los libros más revolucionarios que he leído nunca». No comparto algunas de las ideas que defiende, pero sí la pasión con que defiende el «talento de los adolescentes».

JAM. Su libro lleva un subtítulo llamativo: «Salvar a nuestros niños y a sus familias del tormento de la adolescencia». ¿Por qué?

EPSTEIN. Por primera vez en la historia de la humanidad, hemos ampliado artificialmente la infancia hasta más allá de la pubertad. Dicho más simplemente: no estamos dejando crecer a los jóvenes. La gente joven es capaz de realizar grandes contribuciones a la sociedad, pero actualmente no tienen manera de ser escuchados. Cuando restringimos los derechos y actividades de los jóvenes, nos estamos deshaciendo de ellos, desperdiciándolos, como en muchos lugares aún se discrimina a las mujeres, los ancianos y otras minorías. Le resumiré mis ideas sobre este asunto:

- La adolescencia es una anomalía histórica.
- Infantilizamos a nuestros jóvenes innecesaria y excesivamente.
- La mayoría de los adolescentes son capaces de funcionar como adultos en varios aspectos.
- Esta infantilización tiene serias consecuencias para nuestra sociedad.

JAM. ¿Usted cree que la adolescencia ha sido una invención perjudicial para todos?

EPSTEIN. Así es. En 2001, el psicólogo Jeffrey Jensen Arnett publicó un libro titulado *Adolescence and Emerging Adulthood*, en el que afirmaba la existencia de una nueva «etapa vital», que denominaba «adulthood emergente», un periodo que duraba desde los dieciocho hasta mediada la veintena, caracterizado por «la exploración de la identidad», «la inestabilidad», «el centrarse en uno mismo», «el sentirse *in-between*» y las «posibilidades». En otras palabras, reconoce que la infancia se extiende hasta los veintitantos años en Estados Unidos. Como dijo en una ocasión el gran sociólogo W. I. Thomas, «Si los humanos definen una situación como real, es real en sus consecuencias». Esto es lo que pueden conseguir opiniones como la de Arnett. ¿No sería mejor intentar cambiar el proceso que ha conducido a eso?

JAM. Una de sus propuestas más sorprendentes —y tal vez extravagantes— es que los adolescentes deberían pasar un «test de competencias adultas»... Suena un poco disparatado.

EPSTEIN. También hubiera sonado disparatado hace unas décadas hacer test de inteligencia para entrar en una empresa o te-

ner que sacar el carnet de manipulador de alimentos para trabajar en un restaurante. Lo que me interesa es llamar la atención sobre el desprecio a las capacidades de los adolescentes que tienen los adultos. Diane Dumas y yo hemos intentado determinar cuáles son las competencias que caracterizan a un adulto, y hemos elaborado el *Epstein-Dumas Test of Adulthood* [pueden verlo o completarlo en la web del libro]. ¿Qué es ser adulto? ¿Todos los adultos tienen las mismas características y en la misma medida? ¿Y hasta qué punto los adolescentes tienen esas mismas características?

Hay algunos temas sobre los que se supone que los adultos son competentes: amor, sexo, liderazgo, solución de problemas, habilidades físicas, habilidades matemáticas y lingüísticas, habilidades interpersonales, manejo de responsabilidades y de comportamientos de riesgo, gestionar el trabajo y el dinero, educación, cuidado personal, autocomportamiento, ciudadanía. ¿Pueden serlo los adolescentes? Los adultos no aprecian a los adolescentes, los infravaloran por culpa de prejuicios. De una lista de veinticuatro acciones que se les dio a adultos preguntándoles si los adolescentes eran capaces de hacerlas, como media dieron un 11,4. Los adultos valoraron pobremente la competencia de los adolescentes.

JAM. Y usted cree que no es verdad.

EPSTEIN. Creo que no les damos oportunidad para demostrar lo que son capaces de hacer. Hemos insistido tanto en las prohibiciones que los adolescentes tienen que gastar una parte importante de su energía en saltarse las prohibiciones. En mi último libro he dedicado sendos capítulos a mostrar que los adolescentes son capaces de pensar muy bien, de amar, de resistir el esfuerzo, de ser creativos y de asumir responsabilidades.

BUSCANDO EL TALENTO ADOLESCENTE

VAMOS A COMPROBAR si Epstein tiene razón, y a buscar adolescentes con talento. Eso no significa «superdotados» o «niños con altas capacidades», entre otras cosas porque las altas capacidades son unas «competencias» (que pueden usarse bien o mal), mientras que el talento es un modo de actuar. Es inteligencia en acción. Una persona con altas capacidades puede no desarrollar su talento. Vamos a buscar personas que hayan desarrollado una vocación, un proyecto, o asumido una responsabilidad teniendo pocos años. Por su especial índole aventurera, nuestra primera invitada va a ser Laura Dekker, que llena estas páginas con la luminosidad del mar y el fragor de las olas. Nacida en Nueva Zelanda en 1995, fue la más joven navegante en dar la vuelta al mundo a vela en solitario. Con sólo trece años, anunció su intención de hacerlo.

LAURA. Los primeros años de mi vida los pasé en un barco, navegando de puerto en puerto. Y desde los ocho años quería volver a vivir así.

Un juzgado de Utrecht no tardó en impedir que emprendiera su viaje, e incluso retiró momentáneamente la custodia a su padre, con quien vivía desde el divorcio de sus progenitores, esgrimiendo su falta de experiencia y la obligación de ir a la escuela. Se abrió entonces un largo proceso, una serie de pruebas de competencia, hasta que por fin, el 21 de agosto de 2010, Laura Dekker, ya con catorce años, zarpó desde Gibraltar. Tardó quinientos dieciocho días en realizar el viaje, haciendo varias escalas para descansar y reparar el barco.

LAURA. Mis peores recuerdos no vienen del mar, sino de mis problemas con la justicia holandesa.

Mediante un blog, compartía sus pensamientos: «En el mar me siento cómoda y relajada, especialmente durante largas travesías, como las del Índico y el Atlántico». «He navegado el mundo entero, por puertos difíciles y peligrosos arrecifes y a través de tormentas terribles, y en todo momento he cuidado de mí y de *Guppy* [su barco].»

Además, tenía que seguir haciendo sus deberes escolares. Grabó parte de su aventura, y con ese material se ha elaborado el documental *Maidentrip*.

Sin duda es un caso extraordinario, que sólo menciono para convencerles de que no debemos menospreciar las capacidades de un adolescente. Ha habido otros navegantes muy jóvenes. Robin Lee dio con dieciséis años la vuelta al mundo, y en el 2006 Mike Perham, de catorce, navegó desde Gibraltar hasta Antigua en cuarenta y cinco días en un velero de nueve metros, seguido por un barco de asistencia en el que iba su padre. Mientras navegaba, tenía también que hacer los deberes que debía entregar en la escuela de vuelta a Inglaterra.

Quiero emparejar este brillante talento aventurero con el de otros adolescentes empeñados en aventuras distintas. Craig Kielburger con tan sólo doce años inició una serie de acciones contra el trabajo infantil y terminó fundando su propia ONG. Todo empezó cuando Craig estaba ojeando un periódico en busca de cómics para leer y se topó con la historia de un niño pakistání que de pequeño fue vendido como esclavo y acababa de morir asesinado por defender los derechos de los niños. Tenía la misma edad que Craig. Este, impactado, reunió a once compañeros de clase para luchar contra el trabajo infantil. La organiza-

ción Free The Children había nacido. A día de hoy, esta ONG involucra a más de dos millones de personas y ha actuado en cuarenta y cinco países (<http://www.freethechildren.com/>).

El niño pakistaní al que se refería era Iqbal Masih, protagonista de una historia desgarradora. Fue vendido por su padre a cambio de un préstamo de seiscientas rupias (unos diez euros) que necesitaba para comprar medicinas para su hijo mayor. El niño tenía que trabajar en un telar doce horas diarias. Un domingo de 1992, cuando tenía diez años, consiguió escapar de la fábrica. Desde entonces, con la ayuda de la organización Frente de Liberación del Trabajo Forzado, se dedicó a denunciar por todo el mundo el trabajo infantil. Por ello fue asesinado en 1995. Cinco años después se otorgó por primera vez el Premio de los Niños del Mundo, y se lo concedieron a él a título póstumo. En recuerdo suyo, se instituyó el 16 de abril como Día Mundial contra la Esclavitud Infantil. En Vitoria hay una estatua dedicada a él, popularmente conocida como *El pensador niño*.

IV

CONSEJOS A LOS PADRES

ES DIFÍCIL DAR CONSEJOS GENERALES a los padres, porque la adolescencia es una época muy cambiante, en la que se da una progresiva transferencia de responsabilidades y un diferente reparto de influencias. Los padres deben tener presente que su gran objetivo es que, a la salida de la adolescencia, sus hijos hayan desarrollado el talento necesario para la autonomía. Por ello, los programas de la Universidad de Padres no son generales, sino que cambian año por año, según el niño y el adolescente crecen. A pesar de ello,

incluiré en este capítulo introductorio dos colecciones de consejos para padres de adolescentes. Una de ellas, del propio Epstein; otra, tomada del Family Project de la Universidad de Harvard. Los consejos de Epstein son los siguientes:

1. Dé alas (empodere) a su adolescente. Recuerde que es (a) único, (b) competente, (c) que es *a work in progress*, (d) evite etiquetarlo
2. No lo infantilice
3. Aumente el contacto de su hijo con adultos responsables
4. Ayúdele a asumir responsabilidades reales
5. Escuche y dele apoyo
6. Conozca las competencias de su hijo/a (y también las suyas propias)
7. Rete a su inteligencia
8. Ayude a sus sentimientos románticos y respételos
9. Fomente sus fortalezas innatas
10. Fomente su creatividad
11. Ponga a su hijo a trabajar
12. Aplique la sabiduría bíblica: los jóvenes eran juzgados por sus acciones, no por su edad. David, un adolescente, fue el gran héroe del pueblo judío
13. Cambie el sistema
14. Cuestione sus propias creencias sobre la adolescencia

Tal vez los padres piensen con horror: ¡Darles más poder! ¡Si ya hacen lo que les da la gana! Tal vez no estemos hablando de la misma cosa. El paso a la adolescencia supone transferir lo que los psicólogos llaman «locus de control», algo así como el puesto de mando, desde el exterior al interior del niño. Queremos pasar de la disciplina a la «autodisciplina», de la obediencia a la «responsa-

bilidad», de someterse a las decisiones ajenas a tomar las propias decisiones.

Y estos son, según Harvard, los cinco conceptos básicos para una buena educación de los adolescentes:

1. Amor y conexión. Los adolescentes necesitan que sus padres desarrollen y mantengan una relación que les ofrezca apoyo y aceptación, mientras afirman su creciente madurez.
2. Controlar y observar. Los adolescentes necesitan que los padres estén al tanto —y les demuestren que lo están— de sus actividades, incluyendo el desempeño escolar, experiencias laborales, actividades extraescolares, relación con sus padres y con los adultos, y las actividades de ocio, a través de un proceso que, de manera creciente, involucre una menor supervisión directa y una mayor comunicación, observación y trabajo en conjunto con otros adultos.
3. Guiar y limitar. Los adolescentes necesitan que sus padres sostengan una serie de límites claros pero progresivos, manteniendo las reglas y los valores familiares importantes, sin dejar de estimular una mayor capacidad y madurez.
4. Dar ejemplo y consultar. Los adolescentes necesitan que los padres les suministren información permanente y apoyen su toma de decisiones, valores, habilidades y metas, y que los ayuden a interpretar y transitar por el mundo, enseñándoles con el ejemplo y el diálogo continuo.
5. Proveer y abogar. Los adolescentes necesitan que los padres les aporten no sólo una adecuada alimentación, vestimenta, techo y cuidados de salud, sino también un ambiente familiar que dé apoyo y una red de adultos que se preocupe por ellos.